

El gabinete nos dirá quién es Peña

Alfredo Acle Tomasini©

La designación del gabinete de Peña Nieto será sin duda un acontecimiento político que reverberará en los medios, en la opinión pública y entre los analistas políticos. Éstos escrutarán con detalle cada nombre y sus historias personales para entender el mensaje cifrado que esconde cada nombramiento. Así, empezarán por revisar lo demográfico; edades y sexo, para continuar con la formación académica, la filiación política, sus antecedentes profesionales y su cercanía con el presidente. Tampoco faltará la perspectiva futurista que desde la ociosidad señalará a los presuntos delfines, aunque sean todavía neonatos.

Pero más allá del interés mediático que despertará la primera decisión pública que haga Peña Nieto, la pregunta que deseáramos respondernos después de conocer a los integrantes de su gabinete, es si en verdad atrajo a los mejores talentos disponibles y si la libertad que le concede la Constitución para designar a sus colaboradores, la ejerció con la altura de un jefe de Estado y de cara al interés de la República.

El regreso del PRI a Los Pinos ofrece un panorama singular, porque a diferencia del PAN no es novel en las lides del Poder Ejecutivo Federal. De hecho, el predominio que tuvo por más de setenta años, convirtió a la administración pública en una estructura que le servía para formar y renovar a sus cuadros directivos; quien asumía la presidencia había sido secretario, quién se hacía cargo de un secretaría había ocupado antes una subsecretaría y así sucesivamente. Más aún, esta especie de servicio civil informal pese a muchos de sus defectos fue importante para el desarrollo de varias generaciones de funcionarios públicos de primer nivel, sin que por necesidad militaran en dicho partido.

Los gabinetes de Fox y Calderón dieron un vuelco a este proceso de renovación endógena y muchos de los puestos mayor jerarquía del Poder Ejecutivo empezaron a ser ocupados por personas que provenían de otros ámbitos o que nunca habían actuado en su carrera profesional como administradores públicos. Amén de continuar con vicios como el “cuatismo” que compensa a los amigos con cargo al erario Federal.

Sin embargo, lo más grave fue que en algunos casos, que no fueron pocos, el problema no se limitó a la falta de experiencia, sino que se le agregó el hecho de nombrar para puestos muy importantes a personas que venían desempeñándose en cargos con una dimensión, medida ésta en términos de responsabilidad, sensiblemente menor. Así, vimos a legisladores asumir la gestión de entidades paraestatales que emplean a miles de personas y tienen una problemática hartamente compleja o presenciamos con asombro como para muchos individuos la titularidad de una Secretaría de Estado era su primera experiencia en la Administración Pública Federal.

No se necesita de conocimientos profundos para inferir que este tipo de situaciones tiene un impacto negativo en la gestión gubernamental y por ende en el país. La mayoría de los ciudadanos desconoce las cuestiones técnicas y administrativas que a diario atienden las secretarías y las entidades públicas. Pero en cambio, como los pasajeros de un avión que conduce un piloto improvisado, si perciben los titubeos, las meteduras de pata, la falta de claridad en el rumbo, las rectificaciones, la ineptitud y en no pocas ocasiones, la marginación de los capaces y probos.

El primero de diciembre, el presidente deberá nombrar a más de ochenta funcionarios que a su vez designarán a muchos más ¿Cuál será la dirección que tome Peña Nieto? ¿Limpiar de azules reales o supuestos como antes hicieron sus predecesores con los tricolores, salvo en Hacienda y Banxico? O mantener una actitud prudente consciente de que los cambios en exceso afectarán la inevitable curva de aprendizaje por la que habrá de transitar su gobierno.

Entre los rezagos del viejo sistema está el hecho de que la administración pública no está preparada para la alternancia; cambian demasiados funcionarios y la línea que debería separar a los puestos políticos de los técnicos está muy baja, porque subsiste el interés para rodearse de leales, aunque sean incapaces, y porque las atribuciones asociadas a cada cargo público son consideradas por muchos funcionarios como un patrimonio personal; “mi gente”, “mi oficina”, “mi presupuesto”, son expresiones que exponen esta peculiaridad de la cultura organizacional de las administraciones públicas en México.

La designación del gabinete de Peña Nieto servirá para valorar su estatura política. Pero no sólo nos dirá quién es en verdad sino que presagiará nuestro porvenir inmediato, porque en esencia el ejercicio del poder ejecutivo requiere de la suma de talentos, de un esfuerzo colectivo y de una visión de largo plazo. Si esto no lo consigue será mejor que continuemos sentados con el cinturón ajustado.

alfredo@acletomasini.com.mx

Twitter @AcleTomasini